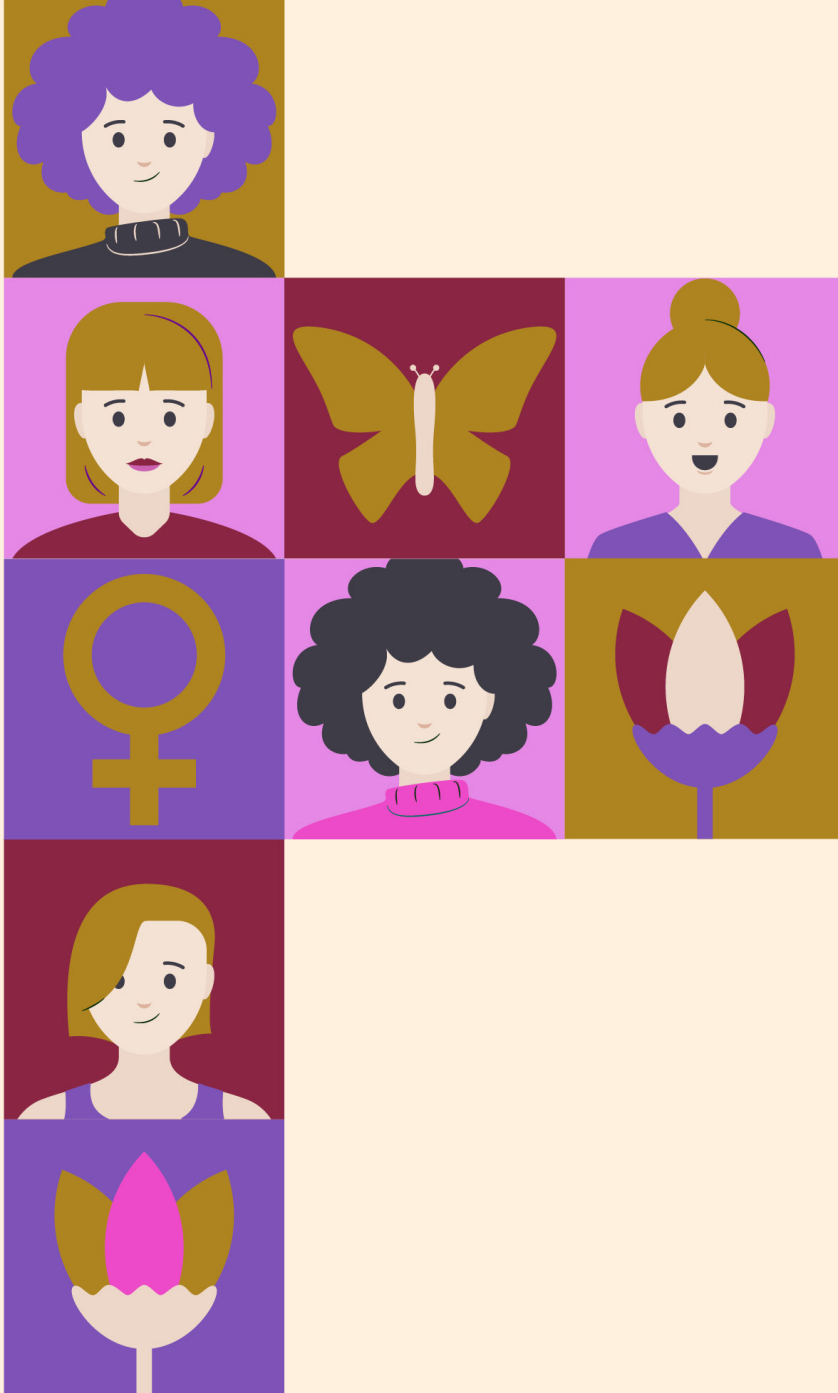




8 DE MARZO.
DÍA INTERNACIONAL
DE LA **MUJER**

Desde el Bachillerato Nacional

BOLETÍN EDUCATIVO COSAC



Gobierno de
México

Educación
Secretaría de Educación Pública

**Bachillerato
Nacional**



Gobierno de
México

Educación
Secretaría de Educación Pública

**Bachillerato
Nacional**

8 de Marzo

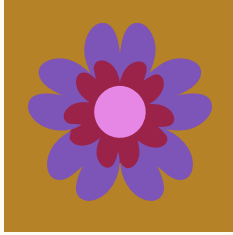
Desde el Bachillerato Nacional

En el marco del 8M. Día Internacional de la Mujer, este boletín reúne las voces de estudiantes provenientes de diferentes servicios educativos del Bachillerato Nacional. Todas ellas comparten, a través de narrativas breves, testimonios y reflexiones, el eco que la violencia y las desigualdades de género han tenido en la historia de las mujeres de su comunidad y su familia, pero también, el impacto de las luchas feministas en sus contextos. Las quince historias que a continuación se presentan abordan la manera en que derechos como: el acceso a la educación, al trabajo, a la igualdad salarial, a la salud sexual y reproductiva, entre otros, deben estar garantizados para todas las mujeres. Los derechos humanos no son premios que se obtienen tras resistir una vida de carencias y opresión, ni un logro que se tenga que pagar con miles de vidas cada año.

Estas historias evidencian que la resistencia de las mujeres se sostiene desde redes de apoyo y cuidado, resistencia que ha transformado las condiciones de vida y ha hecho posible que cada vez más personas puedan desarrollarse en ámbitos que sin esta labor permanecerían inaccesibles.

Las luchas y logros de las mujeres mexicanas tienen aquí eco a través de las voces del Bachillerato Nacional, voces que reconocen la deuda histórica y la necesidad de seguir defendiendo lo que por derecho les pertenece.





Mujeres de verdad

Ana María Hernández Mata

4to. Semestre

CECyTE

Nuevo León

“**L**as de antes eran mujeres de verdad”, dice un hombre más veces de las que puedo contar. ¿Mujeres de verdad? Te refieres a las que no podían votar, no podían opinar, ni siquiera escoger la ropa con la que iban a caminar porque sin permiso del esposo, ni aire podían respirar.

Agradecida me siento que en mi familia todas tuvimos derecho a ser escuchadas, al menos en gran parte. Mi abuela, feliz de casarse por voluntad propia, por amor genuino, sin tener que sentirse presionada por alguien que la hiciera sentir encerrada o atrasada.

Muchas lucharon durante años para ser un igual, para que su voz fuera escuchada sin renegar. “No son formas”, dijo alguien que cree que todo se consigue con un abrazo y un beso para conciliar. Hay quienes creen que decir “basta” soluciona todo, que un “no” lo resuelve dentro de poco. Pues si tan coherente fuera, si tan solo aquellos pensarán con la cabeza, desde un principio no harían algo que las perjudicara y que las lastimara.

“Habla más bajo, siéntate bien, recógete el cabello”, me dijeron a mí, ¿cuántas veces no he escuchado eso? “Eres como un niño”, me decían solo por amar el deporte cuerpo a cuerpo. ¿Qué tal? ¿acaso soy menos por mi amor al deporte intenso? “Ponte tacones, viste de gala”, me decían, como si eso arreglara lo que soy en la cancha.

Me miraron mal, pero me escucharon hablar; cada cuestionamiento hacia mi persona fue lo que me hizo querer gritar, entender y defender lo que soy. Protegerme a mí y a mis compañeras de injusticias y favoritismos, que nos hacían solo por una razón: por no nacer hombre, quien parece tener voz y razón desde que sus ojos se abren y escuchan un pájaro cantor desde la ventana mientras papá le murmuraba “Eres mi campeón”.

¿Por qué tenemos que encajar en lo que los demás quieren mirar? Una mujer no es un maniquí ni una prenda que tirar. Es amor, es fortaleza, es pasión, creatividad y convicción. Nunca dejes que nadie te ponga en la sombra, oculta y apagada; brilla como sabes hacerlo, deslumbra como solo tú puedes lograrlo, porque para mí eso es ser mujer. Brillar y arder, como un fuego que nunca se va a detener. Ser mujer no significa encajar con lo que otros esperan. Dicen que las de antes eran mujeres de verdad; yo creo que las de verdad son las que nunca dejaron de luchar por ser tomadas en cuenta y decidir por sí mismas, aunque eso les costara más de lo que podían pagar.



Mujeres que inspiran

**Alexa Monserrat
Sandoval Valenciano**
6to. Semestre
CECyTE
Aguascalientes

Quando pienso en las mujeres de mi familia y en las oportunidades que tuvieron para estudiar, me doy cuenta de que cada una vivió una realidad distinta marcada por la época, las circunstancias y el lugar donde crecieron.

Mi abuela Martina, por ejemplo, solo pudo estudiar hasta la primaria. Ella vivía en un lugar donde no había más escuelas para continuar sus estudios, por lo que, aunque hubiera querido seguir aprendiendo, simplemente no tenía la oportunidad de hacerlo. En ese tiempo, muchas niñas tenían que conformarse con lo poco que había disponible en sus comunidades.

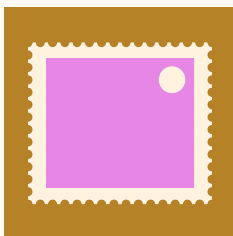
Mi abuela Lety logró estudiar hasta la secundaria, pero su historia también estuvo llena de retos. Cuando tenía apenas catorce años se embarazó de mi mamá y eso cambió completamente el rumbo de su vida. Debido a esa situación tuvo que dejar sus estudios y asumir responsabilidades muy grandes desde joven. Aun así, siempre ha sido una mujer fuerte, positiva y con una forma muy especial de ver la vida. Aunque no pudo seguir estudiando, siempre ha tenido una gran curiosidad por aprender y conocer el mundo.

En contraste, mi generación ha tenido más oportunidades gracias a los avances que otras mujeres han logrado a lo largo del tiempo. Un ejemplo de esto es mi mamá, Mayra, quien sí tuvo la oportunidad de continuar con su educación hasta terminar una licenciatura. Para mí, ella representa el esfuerzo, la disciplina y la determinación, porque logró alcanzar una meta académica importante.

Mi tía Nadia también es licenciada y ha construido su propio camino profesional. Es una mujer con carácter, independiente y muy trabajadora. Ver que tanto mi mamá como mi tía pudieron acceder a estudios universitarios me hace reflexionar sobre cómo las oportunidades para las mujeres han ido cambiando con el paso de los años.

Las historias de mi abuela Martina, mi abuela Lety, mi mamá y mi tía muestran claramente cómo cada generación ha vivido realidades diferentes respecto a la educación. Mientras que algunas tuvieron que dejar la escuela por circunstancias externas, otras pudieron continuar y alcanzar estudios más altos.

Esto me hace valorar mucho más las oportunidades que tengo hoy. Gracias a las experiencias y esfuerzos de las mujeres que vinieron antes que yo, ahora, es más posible que las jóvenes podamos estudiar, prepararnos y decidir nuestro propio futuro.



Historia de una mujer

**Fernanda Monserrath
Venegas Sánchez**
2do. Semestre
CECyTE
Nuevo León

Hoy les hablaré sobre mi abuela materna, Nohemí Becerra, una mujer que nació en 1948 en Nieves, Zacatecas, un pequeño poblado donde las oportunidades eran escasas, especialmente para las mujeres.

Mi abuela solo pudo estudiar hasta la primaria, ya que en su comunidad no existía la posibilidad de continuar con la secundaria. Sin embargo, su deseo de aprender la llevó a aprovechar una oportunidad poco común para la época: un señor que trabajaba como administrador de correos ofrecía clases de mecanografía a quienes quisieran aprender. Mi abuela asistió con constancia y dedicación, y así adquirió los conocimientos necesarios para trabajar en una oficina postal.

Con el paso del tiempo, su esfuerzo fue reconocido y se le presentó la oportunidad de ingresar al Servicio Postal Mexicano. Fue trasladada desde Zacatecas hasta Monterrey, Nuevo León, donde comenzó a trabajar en el Palacio Federal como auxiliar postal. Su desempeño fue tan destacado que pronto se abrió la posibilidad de convertirse en encargada de una administración. Sin embargo, ese camino no fue sencillo: en aquella época era prácticamente impensable que una mujer ocupara un cargo de ese nivel, y sus jefes superiores se negaron a dárselo simplemente por ser mujer.

A pesar de esa resistencia, mi abuela no se rindió. Su preparación, su conocimiento y sus aptitudes terminaron por abrirle las puertas que le habían cerrado. Finalmente fue nombrada jefa de Administración Postal en la comunidad de El Cercado, Santiago, Nuevo León, convirtiéndose así en la primera mujer en todo el país en ocupar ese cargo.

Su historia me inspira profundamente. Me enseña que la desigualdad de género es un obstáculo real que muchas mujeres han tenido que enfrentar, pero también me demuestra que con determinación y esfuerzo es posible romper esas barreras. Mi abuela Nohemí es un ejemplo de valentía y perseverancia que me motiva a seguir estudiando y a valorar las oportunidades que hoy tenemos las mujeres, oportunidades que ella ayudó a construir.



**Ángela Fernanda
Espinoza De Luna**

6to. Semestre
CONALEP
Coahuila

Hoy en día, todos hablan del empoderamiento de la mujer y del cómo ahora tienen más oportunidades y puestos iguales o mejores que los hombres. Pero poco se habla de la desigualdad y prejuicios que siguen sufriendo las mujeres y que me ha tocado vivir en carne propia.

Soy estudiante de metalurgia y he tenido que acomedirme a trabajar en un taller de soldadura. "Déjame hacerlo yo, es muy pesado para ti", "ese trabajo es más para hombres", "mejor haz esto, es más fácil", "cómo vas a trabajar de soldador, ese trabajo no es para una mujer", "no vas a poder, déjame hacerlo yo", "deja que lo haga mejor un hombre, nosotras no podemos", "mejor espera a que nos pongan un trabajo más fácil".

Son algunos de los comentarios que me ha tocado escuchar de mi familia, mis compañeros e incluso mis compañeras de trabajo respecto a mi carrera. Al principio pensé en darme por vencida y no demostrar nada que no pudiera hacer, pero eso nunca fue una opción.

Estos comentarios me motivaron a superarme cada día más, llegando a mejorar mucho mis habilidades, al punto de trabajar yo sola y callando las bocas de aquellos hombres que subestimaban mis conocimientos y habilidades ganándome el respeto de los mismos.

Esta es la realidad de muchas mujeres y me siento orgullosa de no quedarme en solo el prejuicio de los hombres que dudaron de mis capacidades.



Jorge Tejada Alvarado

4to. Semestre

CONALEP

Zacatecas

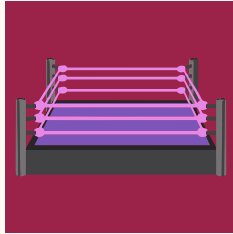
La historia de mi madre es un reflejo de cómo a veces las tradiciones y limitaciones impuestas por terceros intentan frenar el vuelo y las metas de una mujer, y aunque lo logran hay algo que nunca podrán quebrar ni extinguir, su voluntad. Ella solo pudo estudiar hasta terminar su secundaria; pero no por falta de ganas o falta de capacidad, sino porque sus padres le impidieron seguir sus estudios. En aquel entonces, en mi rancho, existía el miedo de que al momento de salir de casa a estudiar la preparatoria se la “robarían” o se casaría apenas cruzaran el límite del pueblo. Esta fue la primer gran frontera que se presentó e intentó frenar su autonomía, pero a su vez fue la que marcó el inicio de una vida de resistencia y superación.

Antes de casarse, trabajo en la purificadora de agua potable del rancho allá por 2005. Este trabajo le permitió encontrar, por primera vez, el valor de ser útil en un espacio que no fuera el hogar. Sin embargo, una vez que contrajo matrimonio, las limitaciones continuaron y las paredes volvieron a cerrarse, ya que su esposo no le permitió buscar un empleo formal o continuar con sus estudios, ni si quiera en la modalidad en línea que existe hoy en día.

A pesar de que las puertas, de continuar académicamente y conseguir un trabajo formal, se le cerraron, mi mamá no se quedó de brazos cruzados. Al presentarse la necesidad de ayudar económicamente al hogar, se convirtió en una emprendedora autodidacta. Comenzó a hornear pasteles y venderlos a un precio razonable, luego comenzó a vender ropa, nunca se rindió y buscó mil maneras de generar ingresos para ayudar en la casa. Pero su jornada laboral no terminó allí, ella además de ser uno de los pilares de mi familia, también es encargada de la iglesia de la comunidad y, a su vez, los fines de semana en sus ratos libres destacaba jugando al softbol.

Al reflexionar sobre su vida me queda un sabor un tanto agri dulce, si bien admiro su capacidad de no rendirse a pesar de los obstáculos, por otro lado, me deja pensando sobre la falta de derechos básicos que enfrentan las mujeres, no solo de mi comunidad, sino también del mundo entero. No debería ser necesario ser una superheroína para lograr tener una vida más que digna; el derecho a la educación y al trabajo no debería depender de lo que piense ninguna persona, incluso si se trata de un esposo o peor aún, de un padre.

Hoy reconozco en ella una lucha que es silenciosa, pero constante. Aunque el sistema y entorno intentaron limitarla a las 4 paredes del hogar, ella me demostró que su deseo por superarse una y otra vez a sí misma es muchísimo más grande que cualquier limitación o prohibición que tenga. Mi madre sostiene nuestro mundo con una fuerza que tiene más que merecida ser reconocida y respetada, y, sobre todo, convertida en justicia para futuras generaciones.



Mi vida en el ring

**Martha Cristina
Salazar García**
6to. Semestre
CONALEP
Puebla

Comencé a boxear con apoyo de mi hermano mayor, él quería que aprendiera a defenderme. Conocí a mi entrenador, él fue la persona que más creyó en mí. Entrené durante varios meses antes de subirme a un ring. Mi primera experiencia arriba de uno fue aterradora, pero me enseñó que no se nace sabiendo y aunque los golpes quedan, pueden sanar.

Mi primera competencia fue con una persona que era casi de mi peso, pero más alta, en esa ocasión no hubo ni ganadores ni perdedores, a todos nos dieron una medalla. Mis siguientes competencias se volvieron más serias, la que más recuerdo fue una donde un amigo del club de boxeo al que pertenecía, que había ganado en Francia el título de la Federación Internacional del Boxeo, estuvo presente e iba a ser juez. Peleé con una persona que era de un peso y altura mayor, pero me subí. Sólo escuchaba la voz de mi entrenador diciéndome lo bien que lo podía hacer. Gané por decisión unánime, me felicitó el campeón de un título mundial y me fui contenta de ahí con un sabor de boca de victoria y aprendizaje.

Seguí entrenando dos horas diarias, hacía sparrings con personas de otros clubes de boxeo, en ocasiones, era un reto que no hubiera mujeres de mi peso o incluso que sólo hubiera hombres, me tenía que acoplar a su manera de pelear, pegar más duro o incluso buscar la manera de mejorar mi técnica para evitar que me conectaran golpes, era muy grato bajar del ring y que me felicitaran por haberlo hecho bien o hasta por haber aguantado todos los rounds y no bajarme por miedo. Es un deporte que te llena física y mentalmente. Me gustaría invitar a que todas las mujeres hagan lo que vean en sus sueños y no permitan que comentarios o ideologías pasadas de moda las detengan.



**Azul Alejandra
Martínez Galván**

6to. Semestre
CONALEP
Coahuila

En mi calle hay una pequeña casa con la puerta siempre abierta. No es una tienda ni una oficina, pero para muchas mujeres de mi colonia se volvió un lugar seguro. Ahí trabaja Lucía, una vecina que nunca fue famosa ni salió en noticias, pero que cambió la forma en la que varias aprendimos a mirarnos.

Lucía se separó muy joven, con una hija pequeña y sin apoyo económico. Durante meses tocó puertas buscando trabajo. En casi todas le decían lo mismo: que no tenía experiencia, que era mejor buscar algo “más sencillo”, que con una niña a cargo no iba a poder cumplir horarios. Un día dejó de pedir permiso para existir y decidió aprender por su cuenta un oficio que casi nadie en la colonia relacionaba con mujeres: reparación básica de aparatos y electricidad doméstica.

Al principio la gente dudaba. Más de una vez escuché comentarios como “mejor que venga un señor, no vaya a quedar mal”. Ella nunca respondió con gritos. Respondía con resultados. Poco a poco su casa se llenó de herramientas, cables, focos, cajas y, sobre todo, de mujeres que se acercaban con curiosidad.

Lo que hizo diferente a Lucía no fue solo que aprendiera un oficio. Fue que decidió enseñar.

Cada sábado, en su patio, nos reuníamos varias adolescentes para aprender cosas que parecían pequeñas, pero que en realidad eran enormes: usar un taladro, cambiar una conexión, arreglar una extensión, revisar un enchufe sin miedo. Mientras nos explicaba, también nos hablaba de algo muy importante: de no sentir vergüenza por no saber, de no quedarnos calladas cuando alguien nos trata con desprecio y de no pedir disculpas por querer independencia.

Una vez le pregunté si no le daba miedo equivocarse, me respondió algo que no se me olvida: “Claro que me da miedo, pero el miedo no puede decidir por mí”.

Gracias a ella entendí que luchar por nuestros derechos no siempre significa enfrentarse a grandes instituciones. A veces empieza cuando una mujer decide no aceptar el lugar que otros ya le asignaron. Empieza cuando se atreve a ocupar espacios que antes parecían prohibidos y, sobre todo, cuando abre ese espacio para que otras también entren.

Lucía nunca habló de feminismo conmigo. No usó palabras grandes. Usó cables, tornillos, paciencia y ejemplo. Y sin darse cuenta, me enseñó algo que hoy llevo conmigo: que mi voz no es un estorbo, que mis manos también saben construir, y que mi futuro no tiene por qué caber en las expectativas de nadie más.



Mi derecho a estudiar

**Any Amayrani
Dzib Acosta**
6to. Semestre
CONALEP
Quintana Roo

Desde niña aprendí lo que significaba perder derechos sin nombrarlo: cuando yo tenía nueve años, mi mamá empezó a trabajar todo el día, la casa se quedó sin comida hecha y yo cuidaba a mis hermanitos. Después vino la separación de mis papás; yo me fui con mamá, mis calificaciones bajaron y en la escuela me hacían *bullying*. Ella nunca me hablaba de la vida ni me daba consejos. Crecí callada, sintiendo que mi opinión no contaba.

A los 13 conocí a mi pareja, a los 14 quedé embarazada y dejé la secundaria. Mi mamá me pedía que siguiera, pero yo ya odiaba la escuela. Nos fuimos a Tabasco con mi bebé; allá nacieron dos más. Mi esposo trabajaba, yo cuidaba la casa y a las niñas, sin tiempo ni dinero para pensar en estudiar. Mi matrimonio no era el sueño que imaginé, pero él no me dejó sola.

Hace ocho años volvimos a Felipe Carrillo Puerto, Quintana Roo, mi esposo puso un taller de máquinas de coser y yo aprendí el oficio. Un día le dije que quería terminar la prepa. Mi mamá me respondió que era tarde, mi esposo me dijo: “claro que sí vas a poder y yo te apoyo”. Entré al CONALEP con miedo, tres niñas, la casa y el taller. Organizaba tareas mientras lavaba biberones; repasaba apuntes en la mesa del negocio.

Hoy tengo excelentes calificaciones, fui a Expociencias Estatal, ganamos el primer lugar y luego participamos en el Nacional. Eso me hizo ver que sí puedo estudiar y estoy segura de que seré una gran maestra. Además, he participado en otras convocatorias: La Presea Ing. Bernardo Quintana Arrijoja, la Feria de la Gastronomía y la de COQHICYT, donde gané en la etapa de investigación temprana con un premio de 20, 000 pesos. Esas experiencias me confirmaron que retomar los estudios ha valido la pena.

Mi abuela no tuvo el derecho de estudiar, le inculcaron que la mujer solo debía formar una familia y quedarse en el hogar, y ella repitió eso con mi mamá. Mi mamá sí quiso estudiar, pero se embarazó a los 14 y solo terminó la secundaria. Yo iba por ese mismo camino, pero entendí que nunca es tarde para retomar los estudios y salir adelante.

Esta lucha por el derecho a la educación ha cambiado mi rutina en casa, ahora mis hijas me ven hacer tarea y saben que la escuela es importante. Aprendí que el derecho a decidir sobre una misma no llega solo, se va forjando día a día con apoyo de quien cree en ti. Me siento orgullosa de lo que he logrado y sé que, con ayuda de Dios, todo será posible. Quiero que otras mujeres lean mi historia y se den cuenta que siempre hay una oportunidad para empezar, solo implica luchar por lo que una quiere y pensar que jamás es tarde para empezar.



**Ángel Jireth
Pérez León**

4to. Semestre
CONALEP
Morelos

Esta historia es de mamá, siempre la he admirado, sin embargo, después de que me contó su historia, me di cuenta del porqué la admiro. Hoy veo su fortaleza, su ímpetu y valentía.

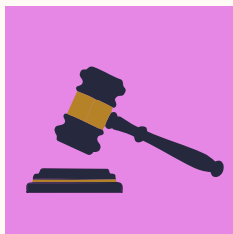
Me cuenta que se ha enfrentado al machismo en muchas de sus formas, en ocasiones con agresión verbal, otras emocional o por discriminación. Un ejemplo es cuando trabajó en una gasolinera, algunas personas le decían cosas como: “Tú no deberías trabajar aquí por ser mujer”, como si el trabajo tuviera género o como si ciertas labores estuvieran reservadas únicamente para los hombres.

Me cuenta que al principio esos comentarios la hacían sentir incómoda e incluso dudó de ella misma. Pensaba: ¿De verdad no debería estar aquí?, ¿de verdad este trabajo no es para mí? Pero con el tiempo entendió que esas palabras no hablaban de sus capacidades, sino de los prejuicios de quienes las decían. Ella estaba ahí porque podía hacerlo, porque necesitaba trabajar, porque tenía las mismas ganas y el mismo derecho que cualquier otra persona.

Mi mamá me comentaba que trabajar en la gasolinería le enseñó a ser fuerte. Aprendió a ignorar ciertos comentarios y a defender su lugar con respeto, demostrando con su trabajo que ser mujer no la hacía menos capaz para desarrollar su labor.

Hoy me doy cuenta de que muchas mujeres han pasado por situaciones similares: comentarios que las desvalorizan, intentos de intimidación o la idea de que ciertos trabajos no son para ellas. Al ser adolescente, no entiendo la actitud de los hombres o de la sociedad, ¿por qué esas reacciones si todos somos iguales? No importa si somos hombres o mujeres.

La historia de mi mamá me generó mayor respeto por las mujeres porque deben enfrentarse al rechazo, violencia emocional, psicológica, económica y no es justo. Hoy veo a las mujeres con más respeto, con valor, con fortaleza y valentía. Hoy veo a mi mamá con profunda admiración, con orgullo y con respeto porque mi mamá es grande y fuerte.



**Candy Abigail
Muñoz Solís**

6to. Semestre
CONALEP
Coahuila

Crecí en Coahuila, en una familia donde estudiar siempre ha sido motivo de orgullo. Mis hermanos mayores están por terminar sus carreras y sus logros llenan de satisfacción a mis papás. Yo siempre supe que algún día esperaban lo mismo de mí.

Durante años, mi papá habló de Derecho como si fuera mi destino. “Serías una gran abogada”, me decía con seguridad y yo lo escuchaba en silencio. No porque estuviera convencida, sino porque no quería decepcionarlo. Sé que sus palabras nacen del amor y del deseo de verme triunfar.

La verdad es que Derecho me parece interesante, me gusta la idea de defender lo justo. Pero hay algo que casi nadie entiende: tengo pánico escénico. No es simple nerviosismo, es sentir que el corazón late demasiado rápido, que las manos sudan y que la voz puede quebrarse antes de empezar. Imaginarme ejerciendo una profesión donde tendría que hablar constantemente frente a otros me llenaba más de ansiedad que de ilusión.

Algunas veces intentaba convencerme de que debía hacerlo. Pensaba que tal vez el miedo se superaba, que quizá el sacrificio valía la pena si cumplía con lo que todos esperaban de mí. Pero cada vez que investigaba la carrera que realmente me gusta, sentía algo distinto. Sentía emoción. Sentía curiosidad. Sentía paz.

Hace unos días tomé una decisión que puede parecer pequeña, pero para mí fue enorme. Fui a comprar mi ficha para la universidad. Iba nerviosa, dudando, pensando en lo que dirían en casa. Y, aun así, cuando llegó el momento, elegí la carrera que yo quiero estudiar. No fue un acto de rebeldía. Fue un acto de honestidad conmigo misma.

Cuando salí con el comprobante en las manos, sentí tranquilidad. Todavía tengo miedo de explicar mi decisión, de enfrentar preguntas o expectativas distintas. Pero también siento algo nuevo: seguridad. Por primera vez, estoy eligiendo mi camino. Este 8 de marzo, entendí que luchar por mis derechos no necesariamente significa marchar o gritar. A veces es algo más silencioso, pero igual de valiente: atreverte a decidir sobre tu propia vida.

Tengo 18 años y estoy a punto de graduarme. Tal vez mi historia no sea famosa, pero en Coahuila, hay una joven que decidió escucharse a sí misma. Y para mí, eso ya es una forma de libertad.



Hasta que ser mujer no duela

**Perla Yajaira
Rodríguez Palma**
4to. Semestre
CONALEP
Tabasco

Muchas veces, con lágrimas en los ojos, me he cuestionado por qué nació mujer y por qué es tan doloroso serlo, vivir cada día siéndolo. Son infinitos los relatos que se pueden contar de las injusticias que cada mujer ha vivido en México y jamás he podido culpar al país porque es algo que pasa en todo el mundo. Es cruel saber que cada persona del género femenino ha vivido una experiencia en la cual lo único que puede sentir es asco, como las miradas morbosas en la calle o los piropos que nadie pidió.

Algo que se ha presentado siempre es la injusticia laboral. Tengo una tía que admiro porque es fuerte y le gusta demostrar que el hecho de ser mujer la hace mejor en su trabajo. Su jefe le prometió un puesto, ella lo creía porque siempre le decía lo buena que era en su trabajo.

Cuando se anunció quién iba a ocupar ese nuevo puesto, el jefe decidió poner a un compañero suyo, a pesar de todo lo que le decía a mi tía. Ella, triste, le preguntó por qué. Una pregunta corta y una respuesta dolorosa: “Porque él es hombre y es un puesto en el que se necesita lidiar con hombres todos los días. ¿Quién mejor que otro hombre para resolver esos problemas?” Eso rompió el corazón de mi tía.

Tengo otra tía que en su antiguo trabajo fue despedida. Uno de sus compañeros, que llevaba años ahí, empezó a acosarla. Obtuvo su número por el grupo del trabajo y comenzó a mandarle mensajes todos los días. Al principio parecían inocentes, pero fueron escalando hasta mensajes repugnantes. Ella fue a acusarlo con sus jefes y, aunque reconocían que era excelente en su trabajo, prefirieron despedirla porque él llevaba más años ahí.

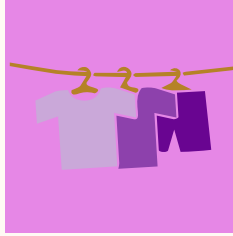
Mi tía investigó y no era la única víctima. Muchas muchachas que también habían sido acosadas y despedidas fueron víctimas del mismo hombre.

La violencia hacia la mujer, siempre que escucho ese término, me rompe el corazón. Me duele escuchar a personas decir que es una exageración, pero esa palabra solo se dice hasta que se vive en carne propia. Esa es la razón por la que cada mujer se levanta el 8 de marzo con la esperanza de seguir luchando.

Cada una se pinta el alma de color morado y sale a las calles a gritar por una respuesta, por un cambio en esta sociedad. Gritan para que los feminicidios cobren justicia. Esta marcha representa años de opresión y esperanza de que algún día esta historia tenga fin.

También me rompe el corazón lo normalizados que están los feminicidios. Todos los días se habla de algo nuevo, porque las injusticias empiezan desde la niñez y muchas veces no terminan.

Creo firmemente en que todo esto se volverá una historia con un final y no algo que se siga escribiendo. Un futuro en el que los derechos de las mujeres sean una realidad presente.



La odisea

Paola Mondragón Canul

6to. Semestre
CONALEP
Quinta Roo

Esther creció en una casa donde el servicio era el destino biológico de las mujeres, pero ella nació con la actitud necesaria para romperlo.

Desde niña, mientras sus hermanas aceptaban con sumisión el mandato de lavar la ropa de los varones, Esther impuso sus propias reglas, cuando sus hermanos le lanzaban las ropas sucias, ella extendía la mano: “No soy tu sirvienta; si quieres que lo haga, pagas”. Ese pequeño acto de rebeldía doméstica fue su primer manifiesto político, el trabajo de cuidado tiene un valor y no es una obligación natural por ser mujer.

Años después, el desafío se trasladó a su vida personal. Esther decidió convivir con un hombre sin pasar por el altar ni pedir bendiciones, un enfrentamiento directo a la moral del pueblo. Tuvieron una hija, pero cuando descubrió la traición de él, el sistema familiar intentó asfixiarla con el viejo mantra: “Tienes que aguantar por tu hija, el hombre es así”.

Esther no aguantó, ignoró los insultos, las etiquetas de “mujer abandonada” y el juicio social. Se separó, entendiendo que la lealtad a una misma es superior a cualquier estructura familiar opresora.

La historia de mi mamá me inspira todos los días y me enseña a romper las reglas si algo no me parece bien.

La desigualdad se combate desde el lavadero y la libertad empieza cuando dejas de cumplir con lo que los demás esperan de ti.



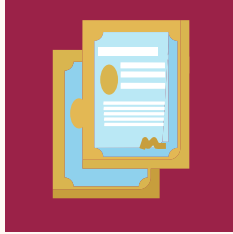
Mi experiencia ante la desigualdad

**Caesy Julieth
Tejeda Moreno**
2do. Semestre
CECyTE
Jalisco

Cuando estuve en la secundaria, recuerdo que nos dieron a elegir el taller al que nos gustaría entrar. En lo personal, me gustaba mucho poder dibujar y quería elegir el taller de dibujo, conforme fuimos viendo los talleres me llamó más la atención el de estructuras metálicas. Le comenté a mi mamá y a mi familia que me gustó mucho ese taller y me quería meter ahí, en mi casa solo se sorprendieron, pero cuando le dije a mis amigos de clase, todos dijeron que no podría entrar. Me decían que ese era un taller únicamente para hombres y que las niñas no podían estar ahí, que sería mejor entrar a cocina o dibujo. A pesar de todo lo que me dijeron, no me quedé así, dieron los resultados y sí quedé en el taller de estructuras. Solo estaba yo y otra niña que al final se cambió, recuerdo que al inicio fue muy difícil porque todos mis compañeros me llegaban a molestar, me hablaban solo para pedirme que fuera a comprarles cosas a la tienda o para convencer al profe de hacer otras actividades, ya que decían que una niña no debería de estar en ese taller, que las mujeres deberíamos cocinar o hacer mandados, pero soldar y hacer trabajos pesados no eran cosas que una mujer pudiera hacer.

Por mucho tiempo, esos comentarios me hicieron sentir inferior a ellos, desconfiaba de mis capacidades para realizar mis trabajos y también dudaba si debía continuar en el taller. Con el tiempo me cansé de sentirme menos que ellos y comencé a desafiarme más y más, mis trabajos mejoraban poco a poco y fui subiendo las dificultades en mis proyectos. Con el tiempo el profesor me reconoció como la mejor alumna en el taller, me confiaba trabajos más complejos y mis compañeros empezaban a darse cuenta de que una mujer también podía hacer lo mismo que ellos, algunos se ofendían y otros se admiraban, pero también había quien me elogiaba y era amable.

Al final de año terminé haciendo una estrella de soldadura de 8 picos para una exposición escolar, eso ningún niño lo pudo hacer. Entonces fue que aprendí a valorarme más y confiar en que yo también podía hacer todo lo que ellos podían hacer, que no por ser una niña tenía menos posibilidades y aunque tal vez puede ser algo complicado al inicio, aun así, puedo hacerlo y alzar la voz cuando no se está teniendo un trato justo o igualitario.



**Angélica Sofia
Soto Rojas**
6to. Semestre
DGETAyCM
Puebla

El título profesional de mi madre es, en realidad, el trofeo de una batalla que mi abuela y mi bisabuela comenzaron a pelear sin armas, pero con todo el corazón.

En mi familia, la lucha por los derechos de las mujeres no se cuenta con fechas históricas, sino con los sacrificios que veo cada vez que miro a mi mamá. Mi bisabuela y mi abuela crecieron en un entorno donde estudiar era un lujo prohibido. No fue falta de ganas, fue la cruda realidad de no tener recursos ni escuelas cerca; para ellas, la vida se trataba de sobrevivir, no de elegir una carrera. El sistema les negó el derecho a la educación, pero no pudo quitarles la determinación de cambiar el destino de las que veníamos después.

Mi abuelita se convirtió en el motor del cambio. Sin haber tenido la oportunidad de pisar un aula, se desvivió trabajando para que mi mamá tuviera lo que a ella le fue arrebatado. Fue un esfuerzo titánico, partiendo desde la escasez, pero con la convicción de que el conocimiento era la única llave para abrir las puertas que el mundo les había cerrado.

Gracias a esa fuerza, mi mamá logró lo que parecía imposible: se convirtió en profesionista junto con su hermana. Verlas a ellas es ver el triunfo de tres generaciones. A pesar de venir de un entorno de muy pocos recursos, ellas se superaron y rompieron con el ciclo de desigualdad que tanto tiempo pesó sobre nuestra familia.

Mi mamá es mi inspiración más grande. Su historia me enseña que el acceso a la educación no es solo un trámite, es el derecho que nos permite ser dueñas de nuestro propio destino. Ella me motiva a superarme cada día, porque entiendo que mi camino es más ligero gracias a que ella y mi abuela quitaron las piedras antes de que yo pasara. Su éxito es la prueba de que, cuando a una mujer se le reconoce su derecho a aprender, transforma no solo su vida, sino el futuro de todo su linaje.



Valeria Valencia Franco

4to. Semestre

CECyTE

Morelos

Yo no vengo a hablar desde el poder, vengo desde el aula, desde el pupitre gastado, desde la libreta donde una joven escribe para no quedarse callada, vengo desde el lugar donde pensar no siempre es cómodo, pero siempre es necesario, porque pensar en este país muchas veces ha sido un acto de resistencia. Cuando era niña me dijeron que la historia la escribían los vencedores, pero con el tiempo entendí algo distinto: La historia también la escriben quienes se atreven a pensar diferente, aunque incomoden, aunque su nombre no aparezca en los libros y muchas de esas personas han sido mujeres.

Por eso, el 8 de marzo no es solo una fecha en el calendario, es un recordatorio de todas las mujeres que lucharon para que hoy tengamos derechos que antes parecían imposibles: estudiar, opinar, trabajar, elegir nuestro propio camino.

Esa historia de lucha no solo vive en los libros, también vive en mi familia. La primera mujer que me enseñó eso fue mi abuela, Lydia Josefina Rubio López, ella nació en Mocorito, un municipio del estado de Sinaloa, creció en un tiempo en el que muchas mujeres no tuvieron la oportunidad de estudiar ni de decidir libremente sobre su vida, pero mi abuela fue una mujer valiente.

Su lucha no fue ruidosa ni apareció en los periódicos, fue la lucha cotidiana de levantarse cada día, trabajar con dignidad y sostener a su familia aun cuando las circunstancias eran difíciles. Su historia quizá no está escrita en los libros, pero vive en las enseñanzas que dejó.

Después está mi mamá: Yareli Anahí Franco Rubio, en ella veo a una mujer que creyó profundamente en el poder de la educación. Como muchas mujeres de su generación, ha tenido que equilibrar trabajo, responsabilidades y familia, pero siempre con la convicción de que estudiar abre caminos; ella me enseñó que la educación no solo sirve para aprobar exámenes, sirve para pensar, para cuestionar, para entender el mundo y también para cambiarlo.

Y luego estoy yo: Valeria Valencia Franco, una joven que cree firmemente en tres cosas que pueden transformar la vida de una persona: la lectura, el amor y la educación, creo en la lectura porque los libros nos enseñan a imaginar otros mundos, creo en el amor porque nos recuerda que nadie avanza solo y creo en la educación porque es la herramienta más poderosa para construir un futuro diferente.

Hoy entiendo que la historia de las mujeres no solo se escribe en los grandes nombres que aparecen en los libros de historia, también se escribe en los hogares, en las decisiones de cada madre, en la resistencia silenciosa de cada abuela y en las jóvenes que hoy se atreven a pensar.

Mi abuela me enseñó la valentía, mi mamá me enseñó el valor del esfuerzo y yo quiero honrar su historia creyendo en la lectura, en la educación y en la libertad de pensar, porque el 8 de marzo no es solo una fecha para recordar el pasado, es una invitación a mirar el presente y a construir un futuro más justo, un futuro donde ninguna niña tenga que pedir permiso para aprender, un futuro donde ninguna mujer tenga que guardar silencio para ser aceptada, y mientras ese futuro llega, seguiré escribiendo en mi libreta, seguiremos pensando desde el aula y seguiremos levantando la voz.



8 DE MARZO.
DÍA INTERNACIONAL
DE LA **MUJER**

Desde el Bachillerato Nacional

BOLETÍN EDUCATIVO COSAC